

estudios

La Pedagogía de la vocación, en Eugenio d'Ors

I *

ESENCIA Y DESCUBRIMIENTO DE LA VOCACIÓN

1. SUPUESTOS FILOSÓFICOS.

Dejo para un libro en que estoy trabajando y que verá la luz a principios de 1960, si Dios no dispone otra cosa, la exposición amplia y crítica del sistema filosófico en que funda Eugenio d'Ors su Pedagogía. Aquí me limito a lo indispensable para el enfoque de uno de los aspectos más interesantes de su Pedagogía: la educación vocacional. Quiero advertir además que sólo muy incidentalmente se ocupa nuestro autor de la vocación sacerdotal y religiosa, en la que intervienen factores sobrenaturales cuyo estudio pertenece a la Teología.

"La Filosofía —declara D'Ors en el más maduro y ambicioso de sus libros— no puede organizarse según el esquema de la escalera, propio de las ciencias particulares. Su técnica corresponderá mejor al esquema del círculo, el cual puede interrumpirse en un punto cualquiera, que deberá luego ser legitimado. En este punto convencional de interrupción, se empezará el tratado del círculo general del saber filosófico" (1).

De ahí se infieren dos consecuencias. En primer lugar, que la Filosofía intenta proporcionarnos, sin descender a pormenores, una visión total y coherente del saber. Más todavía: pretende escudriñar la razón, el secreto, de esta coherencia. Si logra este objetivo será válida, verdadera. Pero coherencia, en la mente del filósofo, no es lo mismo que inflexibilidad. Está seguro de la validez de su sistema; pero no tan seguro que no admita la posibilidad de que en algunos aspectos tengan razón los adversarios. En la flexibilidad se apoyan dos teorías, no por complementarias menos características de su sistema: la actitud irónica y la modificación del principio de contradicción. No es éste el momento de discutirlas.

Pasemos a la segunda consecuencia. Puesto que el esquema del círculo, privativo del saber filosófico, "puede interrumpirse en un punto cualquiera, que deberá luego ser legitimado", es indiferente, en teoría, el punto de que se parta al iniciar la construcción del sistema. No importa el puerto del que zarpe el navío con tal que éste rinda viaje en el mismo puer-

to, que este viaje rodee todo el mundo del saber, y que no se pierda la brújula a lo largo del periplo.

Aunque el punto de arranque sea indiferente en teoría, no lo es en la práctica. Hay que partir de un punto muy firme y que prometa las máximas facilidades y seguridades metódicas. "Arbitriamente" —o sea, contra lo que pudiera darnos a entender el significado corriente de este adverbio, "por un acto de albedrío", iluminado por una mezcla singular de intuición y de previsión razonable (2)— nuestro filósofo elige, para punto de partida, la conciencia del irreducible dualismo entre su *potencia* espiritual y la *resistencia* que le opone la materia: "Por lo que a mí toca, a mí mismo, al hecho de mi esfuerzo y de mi potencia, yo no puedo privarme de creer que soy opuesto al mundo exterior... Podemos partir del hecho del esfuerzo, para tomar la condición como principio y empezar ahí nuestro itinerario sistemático, nuestro círculo de filosofía" (3).

Es el punto de partida de Maine de Biran. Una posición antiorteguiana que define el yo por oposición a la circunstancia (4). Posición peligrosa porque tiende al mazdeísmo: a ver, en la oscura energía que elabora y rige la materia, el dios del Mal; y en la potencia espiritual que procura dominarla, colonizarla, el dios del Bien.

También D'Ors se siente atraído algunas veces por la doble polaridad del maniqueísmo. Catalán al fin, lleva en su sangre glóbulos albigenenses (5). Pero, en este problema como en todos, se nota un paulatino acercamiento a la ortodoxia. En 1947, repudió terminantemente el mazdeísmo. Todo se reduce a que su sistema "se parece mejor a San Agustín que a San Francisco". La *potencia* bienhechora y la perturbadora *resistencia* no pertenecen a la esfera de lo divino. Están constituidas por *númenes* finitos que forman un mundo neoplatónico de Ideas subsistentes, siempre dispuestas a prender en el universo visible y a desencadenar o atizar la lucha sin cuartel en la que militamos. Dios, el Numen creador por antonomasia, el supremo Bien, trasciende los *númenes* finitos. La materia, en sí misma, no es mala; lo es en cuanto la animan *númenes* perversos, pero se convierte en buena, al colonizarla los *númenes* benéficos. "No puede negarse —concluye— que la operación practicada ha tenido, al lado de un interés teórico, una utilidad higiénica. Vamos a emprender un arduo camino y nos importa saber quién va con nosotros. Desembarazados por fin de la dudosa compañía de magos y de maniqueos, hay que ver cómo nuestro creacionismo avanza con paso más seguro" (6).

Si esta posición no está libre de inconvenientes, debe reconocerse que por lo menos ofrece la ventaja de condonar cualquier amago evolucionista. Nunca

(2) *Glosari*. Barcelona, 1950. Sobre una al-lusión (1906), página 241.

(3) *El secreto de la Filosofía*, pág. 90.

(4) *Idem*, pág. 105.

(5) *Glosari*, El Mal (1909), pág. 1121. Crónica del Mal (1909), pág. 1126. El problema del Mal a Catalunya (1909), pág. 1151.

(6) *El secreto de la Filosofía*, pág. 112. A la luz de este texto decisivo deben interpretarse los de fecha posterior. Véase, por ejemplo, el estudio preliminar a la versión española del Fausto (1951), pág. XXXI.

* La segunda y última parte de este trabajo se publicará en nuestro próximo número (*RE* 85, 2.º quincena, octubre 1958).

(1) *El secreto de la Filosofía*, pág. 75. Barcelona, 1947.

aceptará D'Ors que la materia, cual propugna Teilhard de Chardin, ascienda lentamente hacia el espíritu, responda progresivamente a su llamada. No: el espíritu conquista la materia, la coloniza imperialmente y por las malas.

2. EL CONCEPTO DORSIANO DE LA PERSONALIDAD Y DE VOCACIÓN.

De lo que llevamos dicho surge una primera noción del Hombre: cada uno de nosotros es "alguien" que lucha por colonizar el mundo exterior. Sentimos ahora la curiosidad de averiguar *cómo* es este "alguien", cuál es su naturaleza. ¿Es un "alguien" simple? ¿Lo integran varios elementos? ¿Destruye esta complejidad la unidad sustancial?

A lo largo de una vida extremadamente laboriosa, D'Ors no ceja en el arduo empeño de descifrar la naturaleza humana. Recurre a variadísimos métodos: descripciones fenomenológicas, sutiles observaciones, perspicaces encuestas, caracterizaciones de personalidades y de épocas culturales.

De ese cúmulo de experiencias y meditaciones resulta, a su entender, que en nuestra naturaleza cabe distinguir: 1.^a Un organismo corporal, dotado de sentidos, instrumento del espíritu que lo ha colonizado ya profundamente; 2.^a El yo espiritual, con sus facultades, instalado y enraizado en el cuerpo y constituyendo con él un individuo; y 3.^a El yo propiamente dicho, la personalidad o médula del yo espiritual, a la que los filósofos modernos suelen denominar Libertad (con mayúscula de hipóstasis) y D'Ors llama generalmente Angel Custodio. Ambas uniones —la del alma con el cuerpo, la del Angel con el alma y el cuerpo— se verifican funcional, no sustancialmente: "Vemos esta unión —responde a un dominico francés— en términos análogos a los de la unión, en el mismo terrenal existir, del cuerpo con el alma. El hombre, como individuo, se compone de alma y cuerpo. El hombre, como persona, se compone de alma, cuerpo y Angel. Es una manera de unión funcional, sin equívoco de sustancias. Pertenece —digámoslo figurativamente— al orden de lo nupcial" (7).

Hace constar reiteradamente que la Libertad, el Angel, se distingue no sólo del entendimiento, sino aún de la voluntad. Aduce, entre otros argumentos, el hecho de que frecuentemente "queramos querer y no podamos". El "queramos" se refiere a la Libertad; el "querer", a la "pobrecita voluntad", facultad del yo espiritual, que unas veces responde y otras no al imperativo de aquélla: "Hay algún contrasentido en ciertas usuales maneras de decir; en afirmar, por ejemplo, que la voluntad es libre, que el pensamiento es libre, que la emoción es libre. Más legítima expresión sería decir, respectivamente, que la Libertad piensa, que la Libertad siente" (8).

¿De dónde procede esta Libertad, elemento personalizador, en el que albedrio, pensamiento y amor (no decimos: voluntad, entendimiento y afectividad) se conjugan armoniosamente? Repugna a los prin-

cipios dorsianos que provenga de la evolución o que se reciba hereditariamente. Desciende, según él y como sostuvo en otro sentido Orígenes, de la región de las Ideas subsistentes. Una de ellas asume al individuo humano y le dota de personalidad y de vocación o destino. *Lo marca* con un sello personal y *le marca* la misión que deberá desempeñar dentro del cuadro de la lucha que nuestra estirpe ha emprendido por el dominio de la materia. De ahí que merezca llamarse no sólo ángel, sino ángel custodio: "A esta unidad, a esta constancia damos, al llegar a cierta hondura en las investigaciones psicológicas, el nombre de personalidad. Pero, si seguimos calando, si llegamos a ver que la personalidad es a su vez simbólica, no tendremos otra solución que llamarle, jugándonos el todo por el todo, Angel de la Guarda" (9).

Relata nuestro autor que fué el 6 de octubre de 1926, "en un estudio de la calle de Hermosilla, de esta, entonces, Corte, cuando se hizo clara a su mente la nueva teoría de los Angeles" (10). Exagera. Este empleo del término y todo lo esencial de esta doctrina datan de su juventud. En el año 1906, cuando todavía le faltaban seis para cumplir los treinta, revela ya, con aire de misterio, que "Xenius" hace nido en el cuerpo mortal de Eugenio d'Ors: "Y digo que hace nido, porque se limita a hospedarse en él, en breves visitas de descanso y creación entre dos prolongados viajes" (11). Como estamos en los comienzos de su carrera, su ángel se asemeja, mejor que al custodio cristiano, al demonio socrático. No quiero resistir a la tentación de traducir un texto de 1909, que, sobre encerrar un completo diseño de esta teoría, muestra su extraordinaria agilidad en la captura e interpretación del *caso típico*: "Pocos serán los hombre que—íntima e inconfesablemente— no experimenten cierta vanidosa satisfacción en caminar cojeando ante algunos espectadores, con tal que la cojera sea interina, por unas horas a lo más... Proviene esto tal vez de que en la misma esencia de la personalidad dormita una oscura necesidad escénica, una inclinación a ser actor. "Persona" deriva de "máscara": los filólogos justifican esta etimología. Yo siempre he sospechado, empero, que sus explicaciones no bastan: han de existir razones más profundas... Acaso, en nuestra más honda intimidad, una persona viene a ser como una limitación teatral, como un "papel" que cada cual representa a su paso por la tierra. Acaso el instinto de cambiar el "papel" nazca del anhelo de descansar. O quizás, nuestro deseo de saltar por encima de la propia limitación nos priva de satisfacernos con la unilateralidad de nuestro vivir y el cambio de "papel" expresa la protesta vital del hombre —plenitud posible— frente a la persona que se ve obligado a soportar y que constituye su ineludible limitación" (12).

De esta antropología tricotómica y particularmente de la doctrina del Angel personalizador —el cual, por un lado, personaliza al individuo, y por otro se individualiza, se desgeneraliza, al personalizarlo—

(7) *Introducción a la vida angélica*, pág. 203. Buenos Aires, 1941.

(10) *Idem*, pág. 66.

(11) *Glosari*, De com el glosador es diu Xenius, página 130.

(12) *Glosari*, Caminar coix, pág. 1131.

se sirve con éxito para descifrar caracteres y épocas, determinando cuál de los tres elementos (cuerpo, alma, personalidad o numen) predomina en ellos y qué numen asume a la individualidad. Un "arquetipo" será *alguien* que, sin menoscabo de su originalidad individual, encarne plenamente un numen. Una época es un período asumido por alguno de los *eones* o numenes culturales que, sucesiva o simultáneamente, se apoderan del fluir de la historia.

Al sonar la hora de la muerte ¿en qué parará éste que me atrevería a llamar *ménage à trois*, si no temiera ofender la noble intención del autor? "Son cuestiones graves —nos confiesa, con simpática humildad, en la *Introducción a la Vida angélica* que es, como *El secreto de la Filosofía*, un gran esfuerzo para conformar su sistema a la ortodoxia—. No las precisamos sin temblor. Ni sin aceptación previa y paladina de rectificación, venida de más luces, o más altas." Y resuelve: "El cuerpo sin el alma puede subsistir, a condición de desindividualizarse, o sea, de convertirse en materia. El Angel sin el alma puede subsistir, a condición de despertarizarse, o sea, de convertirse en pura sobrenaturalidad" (13).

En seguida el lector se percata de una anomalía. Dícese, en efecto, que el cuerpo puede subsistir sin el alma; añádase que también el Angel puede subsistir sin el alma; pero no se aclara si ésta, el alma, cuando subsista desatada del cuerpo, subsistirá, ligada al Angel o separada del mismo. Si optamos por la primera hipótesis, resultará algo muy parecido al averroísmo: cada numen sostendrá en la eternidad un racimo de almas a la que prestó personalidad y vocación. Si por la segunda, incurriremos en el absurdo de que el alma se salve o se condene independientemente de quien la hizo acreedora a eterno premio o castigo: la Libertad, la Personalidad, el Angel.

D'Ors insinúa una tercera solución. A lo largo de su vivir en la tierra, el alma, si es dócil a las inspiraciones del Angel, va adquiriendo una personalidad semejante a la que éste presta funcionalmente al individuo humano (14). Se salvará el alma que se presente al divino Juez con una personalidad angélica: "Vivir es gestar un Angel, para alumbrarlo en la eternidad" (15).

Es evidente que, aun con estas importantes aclaraciones, quedan, según reconoció el propio D'Ors, muchos cabos por atar. Creo que la Teología y la Filosofía tienen el derecho y el deber de presentar al Maestro no ya "dulces objeciones", cual hizo en algunas ocasiones el más eminente de sus intérpretes (16), sino objeciones sin almibar, lo cual no supone que deban ser objeciones con hiel. Pero ruego al lector y al intérprete que me permitan reservarlas para el final de estos artículos.

3. EL DESCUBRIMIENTO DE LA VOCACIÓN, POR EL EDUCADOR.

Para educar la vocación (y dentro de la concepción dorsiana, simplemente para educar, puesto que

nuestro pedagogo cifra en la vocación el carácter y la personalidad) es condición primordial que el educador descubra la vocación del educando.

Dato digno de ser recogido: el propio D'Ors no se considera idóneo para echar al aire la personalidad infantil: "Yo, la verdad, no me perezco por la infancia. Empedernidamente clásico de mí, a mi exigencia de lo acabado, un niño le parecerá siempre un boceto: la preparación de algo que sólo más tarde alcanzará la belleza de lo definitivo. Como en la estatua de Laoconte, como generalmente en el arte antiguo, los niños se me antojan figuras de hombre en menor formato. Casi, casi, unos monstruos." Pero, en primer lugar, es probable que esta aversión cele púdicamente una predilección. Y además, todavía se muestran más incapaces, en su opinión, "los que se precian de una comprensión simpática del alma infantil", los pedagogos profesionales (17).

De hecho, acometió la empresa. Adoptó para ella, según debía esperarse de sus principios filosóficos y de su afición a los clásicos, el método inmortalizado por Plutarco en cuyas *Vidas paralelas* tan a menudo se intenta reducir a unidad personalidades de distintos individuos y elevar la anécdota a categoría.

Escojamos, al azar, tres ejemplos de aplicación de este método: *Primero*: "Hoy he visto un niño que, si no se nos muere o se nos estropea, será un habilísimo político". El chiquillo posee —como recuerdo de la feria de Santa Lucía— una casita de cartón, con una puerta demasiado pequeña y dos ventanas excesivamente grandes, y un hombre y un cerdo modelados en barro. Se divierte varios días considerando las múltiples y chuscas relaciones que surgen al cambiar la situación del hombre y el cerdo respecto a la casa. Esta mañana "el muy diablillo ha querido llevar más lejos sus experiencias". Pretende averiguar el resultado de situar el hombre y su cerdo, no ya fuera de la casa, sino dentro de ella. En vista de la irritante pequeñez de la puerta, se ve obligado a introducirlos por una ventana. Al cabo de pocos minutos cae en la cuenta de que la nueva situación ofrece pocas perspectivas de diversión. ¿Cómo extraer a los inquilinos? Son prácticamente nulas las probabilidades de que se precipiten por las ventanas; es imposible darles salida por el minúsculo portal. Tras madura reflexión, el niño, en vez de agujerear la fachada o el techo, cual habría hecho la mayoría de los pequeños y aun de adultos, abre un orificio debajo de la casa, donde el cartón es más grueso y el desperfecto invisible. "Este niño posee algo de lo que carecen muchas personas mayores: el sentido del mal menor. No todo el mundo sabe encontrar tan certamente el lugar por el que hay que dar salida a un asunto" (18). *Segundo*: Descubrimiento de un futuro burócrata: "San Isidro no era tampoco semejante a aquel niño del Instituto, el cual, como en corro cada uno de sus pequeños camaradas manifestase su predilección en punto a la carrera que iba a seguir, y el uno dijese: —Yo quiero, cuando sea mayor, hacer casas—, y el otro: —Yo, navegar por el mar—, —Yo, volar—, y así sucesivamente, contestó, gordinflón y

(13) *Introducción a la vida angélica*, págs. 203 y 204.
(14) *Epos de los Destinos*, pág. 613. Madrid, 1943.

(15) *Introducción a la vida angélica*, pág. 187.

(16) José L. Aranguren: *La Filosofía de Eugenio d'Ors*, pág. 51, 1.ª ed., Madrid, 1945.

(17) *Novísimo Glosario*, Los niños (1945), pág. 624. Madrid, 1946.

(18) *Glosari*, Història d'un noi eixerit (1906), pág. 329.

bien trajeado: —Yo, echar firmas—” (19). *Tercero:* He aquí un capullo de psiquiatra: “Juanín a la hora de recogerse juntos, cada uno con su pijamita puesto, inquierte de Toló, el chiquitín de sus huéspedes: —¿Y tu mamá también tiene el complejo de lavarte las orejas?—” (20).

No se redujo a la niñez la aplicación de su método: “Quien sea amador del Platonismo, quien en eso no se contente con la adhesión a una fórmula filosófica, antes la practique como norma vital, ése habrá siempre dar a algunas individualidades concretas el rico contenido de las ideas generales; ése sabrá ver en un hombre, o en una mujer, un mundo, y lo que es más vasto que un mundo: una categoría” (21). Partiendo siempre del “episodio significativo”, penetró lo mismo en el joven que en el maduro o el proyecto y trazó sin temblarle el pulso sus respectivas figuras vocacionales. E incluso, en sus años mozos, arrastrado por su temperamento artístico, cometió el desliz de manifestarse estéticamente enamorado de ciertas vocaciones diabólicas, que pugnan por desviar al individuo de su auténtica vocación providencial. Baste un ejemplo: “Esta es una criatura inocente e infernal. En el teclado de sus dientes maravillosamente blancos retozan todas las sonatas de la risa. La piel, amarilla con la ardiente palidez ibérica, guarda, entre sus sombras azules, el mal y el pecado inéditos. ¡Loca, loca criatura! Prometida a doce pretendientes, romance de la villa y de la vida, luz y alegría de los bailes o de cualquier fiesta: Yo la quiero por su repugnancia al dolor y a la muerte. Yo la quiero por su poca caridad y por el gran rodeo con que evita pasar por delante del cementerio” (22).

Ya que nuestro pedagogo aspiró principalmente a educar pueblos y épocas, su método hubo de aplicarse a dilucidar vocaciones colectivas. Movióse en este terreno con genial desembarazo. Estuvo inspirado. Contentémonos aludiendo a la definición de la vocación de Castilla, mediante las biografías sólo en apariencia individuales de los Reyes Católicos y de sus colaboradores e instrumentos; a la invención del destino de Cataluña, en *La Ben Plantada* y en *Guillermo Tell*; y a la plasmación de la potencia espiritual de la civilización rural en las *Històries de les Esparragueres*, y las sórdidas resistencias que empapan su mentalidad y su paisaje, en *Gualba, la de les mil veus*.

4. EL AUTODESCUBRIMIENTO DE LA VOCACIÓN.

No por ocupar ya un sillón en la venerable Academia de los tópicos, deja de ser verdadero y operante el principio de que toda educación implica autoeducación y en ésta desemboca. Más verdadero todavía, cuando la educación se prolonga allende las aulas. De ahí la importancia de que el educando mismo indague su vocación, sobre conciencia de ella.

¿A qué edad y en qué sentido empieza el niño a estar capacitado para tal exploración? No escapó al

talento del joven *Xenius* la necesidad de resolver esta cuestión previa. En 1909, publicó las primicias de una encuesta realizada, bajo su dirección, por autorizados psicólogos y pedagogos, en muchos y muy variados centros docentes. El año anterior se había hecho algo parecido, en escala reducidísima, en Amberes y en Ginebra. Cada sujeto debía contestar únicamente a dos preguntas: 1.^a “Tú, ¿qué quieres ser?”; y 2.^a “¿Por qué quieres ser esto?”. Abundan las respuestas significativas y alguna es impresionante. De su conjunto se infiere, en líneas generales, que hasta una edad que oscila entre los nueve y los doce años, influye decisivamente en la elección la tendencia a imitar al padre continuando su profesión; luego, hasta los catorce años aproximadamente, acusa esta tendencia un marcado declive; y a continuación se remonta de nuevo —al paso que el sujeto va superando la crisis autista de su adolescencia—, aunque no llega ni con mucho al nivel del primer período (23). Sería muy instructivo repetir hoy esa encuesta, en la misma población y con idéntico procedimiento, para cotejar los resultados con los del año 1909.

No ha de condenar el educador de un modo absoluto esta predisposición a elegir la profesión paternal; en algunos casos se funda en aptitudes heredadas, y en otros en la carencia de aptitudes exclusivas y en las facilidades que ofrece al principiante la situación conquistada por su progenitor. Pero es evidente que ha de contrarrestar los excesos de esta inclinación, y que para ello no existe mejor medio que ayudar al educando a descubrir su propia vocación.

Ya en la infancia se le inculcará, mediante narraciones que acentúen las variedades profesionales y mediante regalos adecuados, entre los que menciona D'Ors el material y las figuras necesarias para componer un Nacimiento, una visión profesionalista de la sociedad (24).

Fijos los ojos en el mismo objetivo, propugna nuestro pedagogo cambios radicales en el contenido y la metodología de la Enseñanza que ha de mostrar al alumno, teórica y prácticamente, las principales y más frecuentadas rutas del quehacer humano (25).

Aparte de los conocimientos instrumentales, la Enseñanza Elemental impartirá: A) Catecismo que, en calidad de gramática de la Religión, “da entrada al mundo de las realidades superiores”, con Historia Sagrada, que presenta modelos eximios de vocaciones sobrenaturales y de vocaciones naturales sobrenaturalizadas, y con Liturgia, que “es el estilo y cifra, universal y perpetuo, de la Religión”; B) Latín, que permite el ingreso en esas realidades culturales, “que llamamos, por antonomasia, humanidades”, con Mitología, que brinda figuras de las más diversas profesiones y estados; C) Agricultura, antesala de las ciencias naturales y escuela de templado realismo, pues “hay más Química en el hacer vino que en veinte epítomes de texto...”, y más Derecho en las formaciones juveniles de niños labriegos que en cualquier resumen *ad usum Delphini* de Medina y Marañón”;

(19) *Novísimo Glosario*, San Isidro (1945), pág. 686.

(20) *Idem*, Las maravillas de la Ciencia (1945), página 660.

(21) *Flos Sophorum*, Prólogo, pág. XII, 3.^a ed. Barcelona, 1914.

(22) *La Ben Plantada*, Una noia frívola, pág. 82, 10.^a edición. Barcelona, 1958.

(23) *Glosari, Els petits noucentistes* (1909), páginas 1208-1229.

(24) *Aprendizaje y heroísmo*, pág. 28. Madrid, 1915.

(25) *Novísimo Glosario, ¿Utopías?* (1944), páginas 286-290.

y D) Dibujo (pintar, no), Canto (tocar el piano, de ninguna manera), y Baile (nada de "gimnasia rítmica", que es una falsificación ginebrina insufrible; nada tampoco de esos espectáculos artístico-coreográficos a que ahora los padres de cierta clase social consagran inconscientemente a sus hijas, en aprendizaje que no tendrá más resultado, a la larga, que el de crear un proletariado danzante, como antes había existido un proletario pianístico).

Muy atinadamente recuerda que "en España contamos con un tratadillo de Mitología para la infancia, literalmente admirable. Lo escribió Fernán Caballero. Que el niño lo lea o que alguien se lo explique, con la viveza, amenidad y tacto que la gran escritora nuestra empleó".

Pasemos a la Segunda Enseñanza. Hay que terminar con la tragedia de que el Instituto fomente casi exclusivamente las profesiones especulativas. Desde luego, ha de consolidar y completar lo aprendido en la escuela, "porque, según dijo Kierkegaard, sólo el que sabe repetir con entusiasmo renovado es un hombre" (26). Asegurado esto, "mis Bachilleres serán todos unos artesanos; mis Liceos Secundarios, unas Escuelas de Artes y Oficios. Que el farmacéutico futuro haya empezado por la tintorería; que el destinado a presentarse mañana en el foro, sepa ajustar tornillos; y el capullo de cirujano, aserrar madera".

"La Universidad misma, antes de diplomar a alguien de astrónomo o de filósofo, quisiera que le graduase de ingeniero o de maestro de escuela. Las disciplinas de especulación deberían quedarse para un ápice al que llegaran pocos. La sociedad no puede mantener honestamente a muchos astrónomos, que no le prestan más servicios que el de anunciar eclipses u otras cosas que ya no tienen remedio". "Con que a cada generación saliese un filósofo o un 0,95 de filósofo, ya me contentaría" (27). "No cabe imaginar situación más infeliz que la de una sociedad humana donde el censo de los filósofos fuera considerablemente más numeroso que el de los sastres o ingenieros" (28).

"En síntesis —concluye— cabría, en cierto sentido, aplicar a esta organización el título de una Sociedad de Profesión Unica. Como en un gremio el aprendiz se distingue del oficial y éste del maestro, dentro del cuadro de una sociedad así, el que pone su huerto a cierto amparo del pedrisco ha de sentirse únicamente como un hermano menor del que averigua que ha entrado en actividad alguno de los cráteres de la luna. Y para el primero, la esperanza del avance abierta siempre; que lo que entristece la práctica de las profesiones no es la ausencia de la mejora, sino el despido de la ilusión. Y para el se-

gundo, en la eventualidad del mal éxito, la garantía del paso atrás posible. Que el fracasado como astrónomo pueda construir instrumentos de óptica" (29).

Durante la adolescencia, una lectura adecuada puede ayudar a discernir la propia vocación. Con esta intención y a requerimiento del pedagogo Palau Verra publicó D'Ors el *Flos Sophorum*, o florilegio de breves biografías de sabios, del que me ocuparé en mi segundo artículo.

Se diría que no reza para los adultos el autoconocimiento vocacional, porque difícilmente pueden abandonar la senda emprendida. No obstante, les será muy beneficioso plantearse o replantearse este problema, con ánimo de corregir, perfeccionar o completar su vida profesional o su estado de vida. Aquí, cerrado ya el ciclo formativo propiamente dicho, habrá que fiar sobre todo en la lectura de biografías que, según dice D'Ors ingeniosamente, además de ser "biografías verdaderas", esto es, verídicas, sean "verdaderas biografías" que no aspiren a "contarlo todo", sino a "descubrir, para cada personaje su ley, su principio de selección; si se quiere, diremos que el biógrafo ha triunfado cuando ha logrado reemplazar, respecto de la figura de que se trata, una descripción por una definición" (30). A ello subvino D'Ors con un *Flos Sophorum* para mayores, no del todo ortodoxo, a fuer de concebido en sus años mozos, que tituló *La Vall de Josafat*.

Recomendó también otro procedimiento, sólo asequible, desde luego, a personas de amplia cultura y de notable penetración psicológica: el ejercitarse en comprender y criticar los retratos "artísticos", que se distinguen de los "Humildemente documentarios" en que "sacan el ser particular de la insignificancia y le dan al contrario la significación, descubriendo la ley íntima del personaje, su personalidad" (31).

¿Puede una entidad colectiva o histórica —ciudad, pueblo, nación, gremio, época— descubrir su misión peculiar? Más propio sería decir que puede reconocerla, cuando alguien o algo la pone con vivos trazos ante su vista. Entre los medios que tradicionalmente han perseguido y a menudo logrado que una entidad colectiva recobrase la conciencia de su personalidad moral, menciona D'Ors las fiestas religiosas, las nacionales, y ciertos dramas —a la manera de su Guillermo Tell—, poemas —al modo de su *La Ben Plantada* y de su *Prometeo encadenado*—, discursos y danzas.

(29) Véase la nota 25.

(30) *Introducción a la vida angélica*, pág. 176.

(31) *Aprendizaje y heroísmo*, pág. 15.

JUAN TUSQUETS, pbro.

Catedrático de Pedagogía en la Universidad de Barcelona.

(Concluirá).

(26) *Aprendizaje y heroísmo*, pág. 10.

(27) Véase la nota 25.

(28) *El secreto de la Filosofía*, pág. 376.